

ST. JOHN'S AT DIOCESAN CENTER IGLESIA EPISCOPAL DE SAN JUAN

23 E. Airy Street | Norristown PA 19401 | (610) 272-4092



MI CASA ES SU CASA

Rvd. Andrew F. Kline

Texto del Sermón predicado Quinto Domingo de Pascua

22 de Mayo, 2022

HECHOS 16:1-18 | SALMO 67

REVELACIÓN 21:10, 22-22:5 | SAN JUAN 14:23-29

Judas, que no era Iscariote, porque Judas Iscariote estaba fuera de la habitación en ese momento conspirando para renunciar a Jesús, tenía una pregunta. Él preguntó: “Señor, ¿cómo es que te revelarás a nosotros y no al mundo?”

Si lo piensas bien, una pregunta muy importante en ese momento, su última cena juntos. Jesús les ha dicho de muchas maneras diferentes que debe sufrir y morir, debe irse. Es exactamente la misma pregunta que tendrán los discípulos después de la resurrección, cuando Jesús les dice que está ascendiendo al Padre. Él se va. ¿Ahora que? ¿Cómo te revelarás a nosotros cuando ya no estés físicamente presente aquí en la tierra?

La respuesta de Jesús es poderosa, incluso hermosa. “Los que me aman, mi palabra guardarán, y mi Padre los amará, y vendremos a ellos, y haremos morada con ellos”. El amor abrirá un camino. Un tipo especial de amor. Un amor de atención fiel a otro.

Estoy seguro de que se han predicado muchos buenos sermones sobre el contenido de esa palabra. Al cojo junto al estanque de Bet-saida: Levántate, toma tu camilla y anda. Al ciego de nacimiento, recibe la vista. A Marta: “Yo soy la resurrección y la vida”. A Lázaro: “¡Sal! A los que miran: “Desátelo y déjenlo ir”. A los que no podían entender por qué debía sufrir: “Si la semilla no cae en tierra y muere, no dará mucho fruto”. A los que estaba a punto de dejar: “La paz os dejo, mi propia paz os doy. usted.” A los que se preocupaban por dónde iba: “Yo soy el camino, la verdad y la vida”. No se turbe vuestro corazón, confiad en Dios, creed también en mí.

Piense en la oración del salmista esta mañana: “¡Sean conocidos en la tierra tus caminos! ¡Tu salud salvadora entre todas las naciones!” Desde que Moisés reveló la ley y ordenó que se recitara, recordara, transmitiera, colocara en nuestras puertas y se adhiriera a nuestras frentes, el pueblo de Dios ha estado tratando de guardar su “palabra”, su “camino”.

Una mejor palabra para Torá, o Ley, es Camino. “¡Señor, sea conocido en la tierra tu camino! ¡Tu salud salvadora entre todas las naciones!” ¡Conocemos el camino!

“Escucha, oh Israel: El SEÑOR es nuestro Dios, solo el SEÑOR. Amarás a Jehová tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas. Guarda en tu corazón estas palabras que te mando hoy. Recítaselas a tus hijos y habla de ellas cuando estés en casa y cuando estés fuera, cuando te acuestes y cuando te levantes. Átalas como una señal en tu mano, ponlas como un emblema en tu frente, y escríbelas en los postes de tu casa y en tus puertas”.

Y entonces Jesús vino entre nosotros, nos tocó, nos habló y añadió para que pudiéramos notar la diferencia entre lo que era de primera importancia y lo que seguía después: “Ama a tu prójimo como a ti mismo”. Ama al único Dios verdadero. Ama a tu prójimo. Estos son todos los mandamientos en un solo lugar. Mantengo mi palabra.

Sí, conocemos el camino. Lo que no sabemos hacer en este loco mundo nuestro es prestarle atención, no distraernos, cuidar, valorar, saborear, concentrarnos, en el camino. ¿Cómo muere el amor? Como cualquier ser vivo, por falta de atención, cultivo, cuidado. ¿Y cuál es el principal problema que nos rodea? Nuestra atención está siendo robada, colonizada, comprada y vendida en un mundo virtual que roba conexiones humanas y divinas reales.

Nótese de nuevo la profunda sencillez de la promesa que Jesús nos hace: “Los que me aman, mi palabra guardarán, y mi Padre los amará, y vendremos a ellos, y haremos con ellos morada”. A muchos de nosotros nos falta la chispa que enciende este fuego. La buena noticia es que solo se necesita una chispa para encender el fuego. Di su nombre: Jesús. Escucha sus palabras y añade esto: Señor, tu casa es mi casa. Ahora, no te distraigas. Presta atención. Gente. Lugares. Cosas. En todas tus relaciones, deja que se sepa el camino, aférrate y guía tus pasos.

Era tan cierto en la antigua Unión Soviética como lo es hoy en día en la Rusia moderna, cuando vives en una sociedad de propaganda y mentiras, cuando ya no tienes un sentido compartido de lo que es verdad, el mayor problema no es que te vuelvas cínico porque no sabes a quién o qué creer. El mayor problema es que te aíslas, ya no confías en nadie más, ni siquiera en ti mismo. Esto se está afianzando entre nosotros aquí, en México. La soledad y la alienación son nuestros demonios, detrás de todos los principados y potestades que roban nuestra atención y enfrían nuestro corazón.

El antídoto. Comience diciendo su nombre: Jesús. Pero no te detengas allí. Que esa sea la chispa que encienda un fuego de intercambio. Su paz no es como la de los demás porque no es la ausencia de conflictos. Su paz viene con los dones del espíritu. Su amor se basa en su promesa de que vendrá y hará su hogar con nosotros.

La historia de Lidia está en el libro de los Hechos por una razón, y sólo por una razón. Abrió su casa a Pablo y Timoteo. Ella era una judía improbable en un lugar extranjero, que dijo el nombre de Jesús, fue bautizada y luego les dijo a sus nuevos amigos, vengan, quédense en mi casa. Y cuando Paul causó muchos problemas en su ciudad, después, ella dijo, regresa. Quédate aquí un rato hasta que Dios te lleve más lejos. Esta es la forma.

Entonces toda la oración es: Jesús: Tu casa es mi casa. Tu corazón es mi corazón. Tu camino revelado entre todo mi pueblo, mis lugares, mis cosas. Amigos, tendrán un momento esta semana en el que se sientan solos, cuando estén mirando sus pantallas y se sientan tan desconectados y vacíos. Será inevitable. Esta es nuestra lucha actual. Solo di su nombre. Y no olvides estas palabras: “Jesús. Mi casa es tu casa.”